

Novalis

Enrique de Ofterdingen



Enrique de Ofterdingen, joven adolescente de 20 años de edad, comienza a ser asaltado en sueños por imágenes desconocidas e ininteligibles que él intuye ocultan un significado real. Las imágenes del sueño se traducen para Enrique en revelaciones interiores: poesía, contemplación, recuerdos, despiertan en él sensaciones desconocidas, cuya fuerza lo desconcierta, pero frente a las cuales no quiere resistirse.

Con la afirmación de la realidad del sueño, la existencia de Enrique se orientará hacia la búsqueda del reino de la «flor azul».

En 1799, después de concluir Novalis su fragmento científico en forma de relato *Los discípulos en Sais*, comienza *Enrique de Ofterdingen*, su obra más ambiciosa y profunda. En la primera parte de la novela introduce tres grandes sueños, como una gran poesía inspirada en la «técnica de imaginación» propia del sueño. Sin embargo no se sentía satisfecho. Le parecía que estos tres sueños formaban en la novela como tres islas separadas. Quiso escribir una segunda parte, como una narración en la que sueño y realidad estuvieran ligados entre sí, mezclados de tal manera que ya fuera imposible distinguirlos. Pero nunca escribió ese segundo tomo. La muerte le impidió terminarla, y Tieck se cuidó de su edición póstuma.

Tú has despertado en mí el noble anhelo
de contemplar el corazón del amplio mundo;
tu mano me dio fuerza y confianza
para pasar seguro por todas las tormentas.

Con misteriosos presagios has criado a tu hijo
y lo has llevado por fabulosos prados;
modelo de mujer, de dulces pensamientos,
su corazón moviste para el supremo salto.

¿Qué es lo que me encadena al peso de este
mundo?
¿No son eternamente tuyos mi corazón y mi vida?
¿No me protege tu amor en esta Tierra?

Por ti me puedo consagrar al noble arte,
pues tú, amada, quieres ser mi Musa
y el silencioso Genio que protege mi canto.

En mil formas cambiantes nos saluda
la misteriosa fuerza del canto en esta Tierra:
allí es la paz eterna que bendice este mundo;
aquí, la juventud cuya agua nos inunda.

Ella es la que derrama la luz en nuestros ojos
y la que nos ha dado el sentido de las artes;
el corazón alegre y el corazón cansado
saborean el milagro de una santa ebriedad.

En sus senos repletos me amamanto de vida;
por ella soy ahora lo que soy
y puedo levantar, alegre, la mirada.

Mi sentido más alto dormía todavía,
pero lo veo acercarse volando, como un ángel;
 desperté y, volando, con ella me llevó.

Primera parte La Espera

1

Sus padres se habían ido a la cama, y estaban dormidos; sonaba el tic-tac acompasado del reloj de pared; fuera silbaba el viento y sacudía las ventanas; la claridad de la Luna iluminaba de vez en cuando la habitación.

El muchacho, inquieto, tumbado sobre su lecho, pensaba en el extranjero y en todo lo que éste les había contado.

«No son los tesoros —se decía— lo que ha despertado en mí este extraño deseo. Bien lejos estoy de toda codicia. Lo que anhelo es ver la Flor Azul. Su imagen no me abandona; no puedo pensar ni hablar de otra cosa. Jamás me había ocurrido algo semejante: es como si antes hubiera estado soñando, o como si, en sueños, hubiera sido trasladado a otro mundo. Porque en el mundo en que antes vivía, ¿quién hubiera pensado en preocuparse por flores? Antes jamás oí hablar de una pasión tan extraña por una flor. ¿De dónde venía este extranjero? Nadie de nosotros había visto nunca un hombre así, y, sin embargo, no alcanzo a saber por qué he sido yo el único a quien sus palabras han causado una emoción tan grande. Los demás han oído lo mismo que yo, y a nadie le ha ocurrido lo que me está ocurriendo a mí. ¡Ni yo mismo soy capaz de hablar del extraño estado en que me encuentro! A menudo es tan grande su encanto... y aunque no tengo ante mis ojos la Flor me siento arrastrado por una fuerza íntima y profunda: nadie puede saber lo que esto es ni nadie lo sabrá nunca. Si no fuera porque lo estoy viendo y penetrando todo con una luz y una claridad tan grandes pensaría que estoy loco; pero desde la llegada del extranjero todas las cosas se me hacen

mucho más familiares. Una vez oí hablar de tiempos antiguos, en los que los animales, los árboles y las rocas hablaban con los hombres^[1]. Y ahora, justamente, me parece como si de un momento a otro fueran a hablarme, y como si yo pudiera adivinar en ellas lo que van a decirme. Debe de haber muchas palabras que yo todavía no sé; si supiera más palabras podría comprenderlo todo mucho mejor. Antes me gustaba bailar; ahora prefiero pensar en la música».

El muchacho fue perdiéndose lentamente en dulces fantasías y se durmió.

Primero soñó en inmensas lejanías y regiones salvajes y desconocidas. Caminaba sobre el mar con ligereza incomprendible; veía extraños animales; se encontraba viviendo entre las más diversas gentes, tan pronto en guerra, entre salvaje agitación, como en tranquilas cabañas. Caía prisionero y en la más afrentosa miseria. Todas las sensaciones llegaban a un grado de intensidad que él no había conocido jamás. Vivía una vida de infinitos matices y colores; moría y volvía de nuevo al mundo; amaba hasta la suprema pasión, y era separado para siempre de su amada.

Por fin, al amanecer, cuando fuera apuntaban los primeros rayos del Sol, la agitación de su espíritu se fue remansando, y las imágenes fueron cobrando claridad y fijeza. Le parecía que caminaba solo por un bosque oscuro. Sólo raras veces la luz del día brillaba a través de la verde espesura. Pronto se encontró ante un desfiladero que subía montaña arriba. Tuvo que trepar por piedras musgosas, arrancadas de la roca viva y lanzadas corriente abajo por un antiguo torrente. Cuanto más subía más luminoso iba haciéndose el bosque. Por fin llegó a un pequeño prado que estaba en la ladera de la montaña. Al fondo del prado se levantaba un enorme peñasco, a cuyo pie vio una abertura que parecía ser la entrada de un pasadizo excavado en la roca. Anduvo por él cómodamente un buen rato, hasta llegar a un ensanchamiento, una especie de amplia sala, del que salía una luz muy clara, que él había visto brillar ya de lejos.

Así que entró vio un rayo muy fuerte, que, como saliendo de un surtidor, ascendía hasta la parte alta de la bóveda, para deshacerse allí en infinidad de pequeñas centellas, que se reunían abajo en una gran alberca; el rayo de luz brillaba como oro encendido; no se oía el más mínimo ruido: un sagrado silencio envolvía el espléndido espectáculo. Se acercó a la alberca, en la que ondeaban trémulos infinitos colores. Las paredes de la cueva estaban revestidas de aquel líquido, que no era caliente, sino fresco, y que desde ellas arrojaba una luz azulada y pálida. Metió la mano en la alberca y se humedeció los labios. Le pareció como si un hálito espiritual penetrara todo su ser, y se sintió íntimamente confortado y refrescado. Le entró un deseo irrepresible de bañarse; se desnudó y se metió en la alberca. Le pareció que le envolvía una nube encendida por la luz del atardecer; una sensación celestial le invadió interiormente; mil pensamientos pugnaban, con íntima voluptuosidad, por fundirse en él. Imágenes nuevas y nunca vistas aparecían ante sus ojos; también ellas penetraban unas dentro de otras, y en torno a él se convertían en seres visibles; cada onda de aquel deleitoso elemento venía a estrecharse junto a él como un delicado seno. Aquel mar parecía una danza bulliciosa y desatada de encantadoras doncellas que en aquellos momentos vinieran a tomar cuerpo junto al muchacho.

Embriagado de embeleso, pero dándose cuenta muy bien de todas las impresiones, nadó despaciosamente, siguiendo la corriente del río, que, saliendo de la alberca, se metía de nuevo en la roca. Una especie de dulce somnolencia le invadió: soñaba cosas que no hubiera sido capaz de describir. Una luz distinta le despertó. Se encontró en un mullido césped, a la vera de una fuente, cuyas aguas penetraban en el aire y parecían desaparecer en él. No muy lejos se levantaban unas rocas de color azul marino, con vetas multicolores; la luz del día que le circundaba tenía una claridad y una dulzura desacostumbradas; el cielo era de un pu-

rísimo azul oscuro. Pero lo que le atraía con una fuerza irresistible era una flor alta y de un azul luminoso, que estaba primero junto a la fuente y que le tocaba con sus hojas anchas y brillantes. En torno a ella había miles de flores de todos los colores, y su delicioso perfume impregnaba todo el aire. El muchacho no veía otra cosa que la Flor Azul, y la estuvo contemplando largo rato con indefinible ternura. Por fin, cuando quiso acercarse a ella, ésta empezó de pronto a moverse y a transmudarse: las hojas brillaban más y más, y se doblaban, pegándose al tallo, que iba creciendo; la flor se inclinó hacia él, y sobre la abertura de la corola, que formaba como un collar azul, apareció, como suspendido en el aire, un delicado rostro. El dulce pasmo del muchacho iba creciendo ante aquella transformación; en aquel momento la voz de su madre le despertó, y se encontró en la habitación de sus padres, dorada ya por el sol de la mañana. Enrique estaba demasiado embelesado para molestarse por esta interrupción: dio los buenos días amablemente a su madre y de todo corazón le devolvió el abrazo que ésta le había dado.

—¡Eh, dormilón! —dijo el padre—. Hace rato que por tu culpa tengo que estar aquí sentado limando, sin poder usar el martillo; tu madre quería dejar dormir a su querido hijo. Hasta para el desayuno he tenido que esperar. Has sido muy listo eligiendo el estudio; por él tenemos nosotros que trabajar y velar hasta las tantas. Aunque, según me han contado, un verdadero sabio tiene que pasar noches en vela también para leer y estudiar las grandes obras de sus ilustres predecesores.

—Padre —contestó Enrique—, no os enfadéis de que haya dormido hasta tan tarde; ya sabéis que no acostumbro a hacerlo. Tardé mucho en dormirme, y tuve al principio muchas pesadillas, hasta que, por fin, tuve un sueño tan dulce que tardaré en olvidarme de él; creo que ha sido algo más que un sueño.

—Hijo mío —dijo la madre—, a buen seguro que has estado durmiendo boca arriba, o te habrás distraído ayer al rezar las oraciones de la noche. No tienes el aspecto de todos los días.

La madre salió de la habitación. El padre continuaba aplicado a su trabajo y decía:

—Son falacias eso de los sueños, piensen lo que quieran los sabios sobre ello; y lo que tú debes hacer es dejarte de tonterías y no pensar en estas cosas: son inutilidades que sólo pueden hacerte daño. Se acabaron aquellos tiempos en que Dios se comunicaba a los hombres por medio de los sueños; y hoy no podemos comprender, ni llegaremos a comprenderlo nunca, qué debieron de sentir aquellos hombres escogidos de los que nos habla la Biblia. En aquel tiempo todo debió de ser de otra manera, tanto los sueños como las demás cosas de los hombres. En los tiempos en que ahora vivimos ya no existe contacto directo entre los humanos y el cielo. Las antiguas historias y las Escrituras son ahora las únicas fuentes por las que nos es dado saber lo que necesitamos conocer del mundo sobrenatural; y en lugar de aquellas revelaciones sensibles, ahora el Espíritu Santo nos habla por medio de la inteligencia de hombres sabios y buenos, y por medio de la vida y el destino de hombres piadosos. Los milagros de hoy en día nunca han edificado mucho; nunca creí en estos grandes hechos de que nos hablan los clérigos. Con todo, que aprovechen a quien crea en ellos; yo guardaré muy bien de apartar a nadie de sus creencias.

—Pero, padre, ¿por qué sois tan contrario a los sueños? Sean ellos lo que fueren, no hay duda de que sus extrañas transformaciones y su naturaleza frágil y liviana tiene que darnos que pensar. ¿No es cierto que todo sueño, aun el más confuso, es una visión extraordinaria que, incluso sin pensar que nos los haya podido mandar Dios, podemos verla como un gran desgarrón que se abre en el misterioso velo que, con mil pliegues, cubre nuestro interior? En los li-

bros más sabios se encuentran incontables historias de sueños que han tenido hombres dignos de crédito; acordaos si no del sueño que hace poco nos contó el venerable capellán de la corte y que os pareció tan curioso. Pero, aun dejando aparte estas historias, imaginar que por primera vez en vuestra vida tuvierais un sueño. ¿No es verdad que os maravillaríais y que no permitiríais que se discutiera lo extraordinario de un acontecimiento que para los demás es una cosa cotidiana? A mí el sueño se me antoja como algo que nos defiende de la monotonía y de la rutina de la vida; una libre expansión de la fantasía encadenada, que se divierte barajando las imágenes de la vida ordinaria e interrumpiendo la continua seriedad del hombre adulto con un divertido juego de niños. Seguro que sin sueños envejeceríamos antes. Por esto, aunque no lo veamos como algo que nos llega directamente del cielo, bien podemos ver al sueño como un don divino, como un amable compañero en nuestra peregrinación hacia la santa sepultura. Estoy seguro de que el sueño que he tenido esta noche no ha sido algo casual, sino que va a contar en mi vida, porque lo siento como una gran rueda que hubiera entrado en mi alma y que la impulsara poderosamente hacia adelante.

El padre sonrió amablemente, y, mirando a la madre, que en aquel momento entraba en la habitación, dijo:

—Madre, Enrique no puede desmentir la hora que le trajo a este mundo: en sus palabras hierve el ardiente vino de Italia que había traído yo de Roma y que iluminó nuestra noche de bodas. Entonces también yo era otro hombre. Los vientos del Sur me habían despabilado; rebosaba de fuerza y alegría; y tú también eras una muchacha ardiente y deliciosa. La casa de tu padre estaba desconocida; de todas partes habían venido músicos y cantores, y hacía tiempo que no se había celebrado una boda tan alegre en Ausburgo.

—Hace poco estabais hablando de sueños —dijo la madre—. ¿Te acuerdas que entonces me contaste uno que ha-

bías tenido en Roma y que fue el que te impulsó a venir a Ausburgo para pedir mi mano?

—Me lo recuerdas en un momento oportuno —dijo el padre—; me había olvidado completamente de aquel curioso sueño que me estuvo dando que pensar tanto tiempo; pero él es, creo, precisamente, una prueba de lo que acabo de decir. Es imposible soñar algo más claro y ordenado; ahora mismo podría contar perfectamente lo que vi, y, sin embargo, ¿qué significado ha tenido? Que soñara en ti Ida, y que sintiera inmediatamente deseos de que fueras mía era lo más natural del mundo, porque yo ya te conocía: tus gracias me habían conmovido vivamente desde un principio, y lo único que me contenía en el deseo de poseerte era el anhelo de conocer tierras nuevas. Cuando tuve este sueño mi curiosidad se había aplacado ya un tanto; por esto pudo más entonces la inclinación hacia ti.

—Contadnos aquel sueño tan extraño —dijo el chico.

—Una noche —empezó diciendo el padre— había salido yo a dar un paseo por Roma. El cielo estaba despejado, y la Luna, con su luz pálida y misteriosa, bañaba las viejas columnas y los muros. Mis compañeros seguían a las muchachas; a mí, la nostalgia y el amor me llevaron al campo libre. Al fin, empecé a tener sed, y entré en la primera casa de campo que me pareció tener buen aspecto, para pedir un poco de vino o de leche. Salió un anciano, que debió de tomarme por un visitante sospechoso. Lo dije lo que quería, y en cuanto supo que era extranjero, y alemán, me hizo entrar muy amablemente en su habitación, y me trajo una botella de vino. Me hizo sentar y me preguntó cuál era mi oficio. La estancia estaba llena de libros y objetos antiguos. Nos ensartamos en una larga conversación: me contó muchas cosas de tiempos pasados, de pintores, de escultores y de poetas. Hasta entonces nunca había oído hablar de estas cosas de aquel modo. Me pareció como si estuviera en otro mundo, como si hubiera desembarcado en otro país. Me enseñó sellos grabados en piedra y otros objetos artísti-

cos antiguos; después, con viva emoción, me leyó hermosísimos poemas, y de este modo se nos pasó el tiempo en un momento. Todavía ahora se me alegra el corazón cuando pienso en aquel hervidero de mil extraños pensamientos y sensaciones que llenaban mi espíritu aquella noche. Aquel hombre vivía en los tiempos paganos como si fueran su propio tiempo; había que ver con qué ardor anhelaba volver a aquel oscuro pasado. Por fin me enseñó una habitación en la que podría pasar el resto de la noche, porque se había hecho demasiado tarde para volver a Roma. Me dormí en seguida: me parecía que estaba en mi ciudad y que salía por una de sus puertas. Era como si tuviera que ir a alguna parte a hacer algo, pero no sabía adónde tenía que ir ni qué era lo que tenía que hacer. Me encaminé a las montañas del Harz, a toda prisa: se me antojaba que iba a mi boda. No me detenía ni un momento; iba campo traviesa por bosques y valles, y pronto llegué al pie de una alta montaña. Cuando llegué a la cumbre divisé ante mí la Llanura Dorada^[2]; desde allí dominaba toda Turingia, ninguna montaña se interponía ante mi vista. Enfrente, al otro lado, se erguía el Harz, con sus oscuras montañas; y veía multitud de castillos, monasterios y aldeas. Estando en aquella dulce contemplación se me ocurrió pensar en el anciano que me estaba hospedando aquella noche y me pareció que llevaba ya mucho tiempo viviendo en su casa. Pronto descubrí una escalera que penetraba en la montaña y descendí por ella. Al cabo de un buen rato llegué a una gran cueva. Había allí un viejo, vestido con larga túnica, sentado ante una mesa de hierro mirando fijamente a una doncella hermosísima que esculpida en mármol estaba frente a él. Su barba había crecido por encima de la mesa de hierro y cubría sus pies. Su aspecto era a la vez severo y amable, y me recordó una de las cabezas antiguas que la noche anterior me había enseñado mi huésped^[3]. Una luz resplandeciente llenaba la cueva. Estando yo en este sueño, contem-

plando al anciano, sentí de repente que mi huésped me daba unas palmadas en el hombro; me cogió de la mano y me llevó a través de largos pasadizos. Al cabo de un rato vi a lo lejos una luz, como si el Sol quisiera entrar en aquella galería. Corrí siguiendo aquella claridad y me encontré en seguida en una verde llanura; pero todo me pareció muy distinto: aquello no era Turingia. Inmensos árboles de hojas grandes y brillantes esparcían sombra por doquier. El aire era muy cálido, no obstante su calor no era opresivo. Por todas partes había fuentes y flores, y entre todas las flores una que me gustaba especialmente; me parecía como si las demás se inclinaran ante ella.

—¡Oh, padre!, decidme de qué color era —gritó el hijo, emocionado—. ¿No era azul?

—Puede ser —prosiguió el padre, sin prestar atención a la extraña brusquedad de Enrique—. Me acuerdo sólo que experimenté una sensación extraña y que estuve largo tiempo sin acordarme de mi acompañante. Al fin, cuando me volví hacia él, me di cuenta de que me estaba mirando atentamente y de que me sonreía con íntima alegría. De qué modo salí de aquel lugar no sabría decirlo ahora. Estaba de nuevo en la cumbre de la montaña. Mi acompañante estaba a mi lado y me decía:

«Has visto el milagro del mundo. De ti depende que seas el ser más feliz de la Tierra y que, además, llegues a ser un hombre famoso. Fíjate bien en lo que voy a decirte: si el día de San Juan, al atardecer, vuelves a este lugar y le pides a Dios de todo corazón que te haga comprender este sueño, te será dada la mayor suerte de este mundo; fíjate sólo en una florecilla azul que encontrarás aquí; arráncala y encomiéndate humildemente al Cielo: él te guiará».

Después, siempre en sueños, me encontré entre maravillosas figuras y seres humanos; tiempos infinitos, en múltiples transformaciones, pasaban revoloteando ante mis ojos. Mi lengua se encontraba como libre de ataduras y todo lo que decía sonaba como música. Después de esto todo se

volvió de nuevo obscuro, angosto y habitual; vi a tu madre que me miraba con ojos entre amables y avergonzados; llevaba en sus brazos a un niño resplandeciente; iba a acercarme cuando de repente este fue creciendo más y más, brillaba y lucía con creciente intensidad hasta que por fin, con unas alas blancas y resplandecientes, se levantó por encima de nosotros nos cogió en brazos y nos llevó volando tan arriba que veíamos la Tierra como una escudilla de oro bellamente cincelada. Del resto del sueño me acuerdo sólo de una cosa, que volvieron a aparecer la flor, la montaña y el anciano^[4]. Pero en seguida me desperté y me sentí movido por un gran amor. Me despedí de aquel huésped que me había acogido con tanta amabilidad; él me pidió que volviera a visitarle; así se lo prometí y así lo hubiera hecho de no haber salido tan pronto de Roma para irme a toda prisa a Ausburgo.